

VII

El candor de Jesucristo no se aviene con la cueva de las zorras; su humildad rehusa elevarse hasta el nido del ave, y como el mundo está lleno de falsedad y de orgullo. tan falso como la Zorra y tan orgulloso como el ave, confiesa el Salvador que no tiene acá abajo donde reclinar la cabeza.

No obstante esto, Señor, cuando érais Niño, ¿no queríais reposar en el amoroso y casto seno de vuestra divina Madre, y todos los días no apetecéis venir á habitar entre nosotros por medio de la sagrada comunión? Si el alma que os recibe está entregada á la mentira y á la impostura, será entónces para Vos la cueva de la Zorra y la vereis con horror; pero con tal que el alma sea sencilla y recta, vuestra delicia será el estar en su compañía.—Preparad Vos mismo el techo hospitalario que os quiero ofrecer, y dejando á las zorras en sus guaridas, venid, Señor, á descansar en mí, para que yo descanse en Vos.

EL CIERVO.

Agilidad del Ciervo.—Debemos correr en el camino de los mandamientos de Dios.—La gracia.—El demonio es muy hábil cazador.—El Ciervo sobre la montaña, el Erizo en las aberturas de la roca.—La Cierva, imagen de la Iglesia.—Jesus Niño.—El cachorrillo de la Corza se precipita en las redes.—El Cervatillo se escapa y se lanza sobre las cimas de los montes.—El Ciervo sediento.—El que tenga sed, que venga á Mí.

I

TAN rápido como el viento que corre entre las hojas de los árboles, así atraviesa la floresta el Ciervo ágil y ligero. Seguidle cuando se ha lanzado tras de él una jauría impetuosa.

El Ciervo se desliza entre la espesura de los bosques; salta sobre las zarzas y de un brinco se planta en la colina. Sus piés que vuelan, apenas tocan ligeramente la tierra; jamás se detiene aunque vaya jadeando y fatigado. Apaga su sed, corriendo aún, en la agua viva de la fuente, y recobra nuevos bríos. . . . Mas ¡ay! ¡La velocidad de su carrera no siempre le salva! Caer rendido y moribundo en los dientes de los perros que le destrozan.

II

Véamos desde luego lo que al cristiano enseña la agilidad del Ciervo. Le manifiesta que debe, segun la expresion del Salmista, correr por el camino de los mandamientos del Señor. <sup>1</sup>

¡Desgraciado del que una vez recorriendo ese camino, vuelve tímidamente sus miradas hácia atrás! Desgraciado si no adelanta con perseverancia hasta llegar al fin. . . . <sup>2</sup> Los verdaderos cristianos corren como el Ciervo.

¿Y cómo podrán conseguir esa agilidad y prontitud para el servicio de

<sup>1</sup> Ps. CXVIII, 32.

<sup>2</sup> Philip. III, 13.

Dios? El Rey Profeta nos responde: "Que la voz del Señor es la que prepara á los ciervos para la carrera." <sup>1</sup>

Y efectivamente, "por nosotros mismos, como dice San Pablo, nada podemos; nuestra suficiencia viene de Dios." <sup>2</sup> Necesario es, por lo mismo, que su gracia nos prepare; que nos prevenga con su aliento, é imprima su divina mocion en nuestras almas; y así como solo la gracia es la que prepara, también ella sola es la que perfecciona y consuma. La voz divina prepara á los ciervos, y el Profeta David añade: <sup>3</sup> "Dios es el que perfecciona nuestros piés, dándoles la misma velocidad que á los ciervos."—"Y en verdad <sup>4</sup>—asegura San Pablo—Dios nos comunica á la vez, así la buena voluntad que es la que comienza, como la perfeccion que acaba nuestras buenas obras."

Cuando mi espíritu se levanta por la contemplacion hasta la cima de las verdades eternas, y cuando mi corazón dilatado por el amor se lanza hácia los bienes celestiales, es porque uno y otro han adquirido la agilidad del Ciervo; mas Vos solo, ¡oh Dios mio! habeis preparado, y Vos solo habeis perfeccionado mi espíritu y mi corazón.

¡Cuántas maravillas ha hecho y sigue obrando el Señor en nosotros! La carne y los sentidos adormecen nuestra alma: una naturaleza enferma y pecadora contraría nuestros bríos, y nuestros piés, léjos de correr por los divinos senderos de la gracia, apenas saben pararse y tenerse con dificultad. En lugar de tener la agilidad de los ciervos, nos parecemos á los cojos que tropiezan á cada paso.—Mas una de las señales de la venida del Salvador, era, segun decia el Profeta Isaías, "que el cojo saltaría entónces como el Cervo: *tunc saliet sicut cervus claudus.*" <sup>5</sup> ¡Y qué verdad es esta, Señor! bajo el poderoso impulso de vuestra gracia, yo salto como el Ciervo para lanzarme hácia Vos.

### III

Si pedimos á Dios la agilidad del Ciervo, es únicamente con el fin de escapar y de asegurarnos más contra el furor de los enemigos de nuestra alma.

El demonio es un cazador impetuoso, y para hacerse de su presa, tiene hábiles sabuesos y rápidos corceles. Así es que, tanto en el fondo de los bosques sombríos, como por la tendida llanura, nos sigue con ímpetu la pista y nos estrecha de cerca para quitarnos el paso. Sus dardos vuelan durante el día; anda junto á nosotros por la noche, y nos persigue aun en el medio día. <sup>6</sup>

Contra estos ataques tan obstinados como hábiles, ¿cuál será nuestra defensa? El Profeta Jeremías nos responde: "Huid, y salvad vuestras al-

1 Ps. XXVIII, 9.  
2 2 Corint. III, 5.  
3 Ps. XVII, 34.  
4 Philip. II, 13.  
5 Isai. XXXV, 6.  
6 Ps. XC, 6.

"mas. *Fugite et salvate animas vestras.*" <sup>1</sup> Imitando la viveza del Ciervo, ocultémonos como él de la tenaz persecucion del cazador.

Sin embargo, el pobre Ciervo, á pesar de su pronta huida, engañado al fin y estrechado por sus enemigos, viene al cabo á sucumbir. Mas ¡ay de mí! Yo mismo ¿no podré perecer...? Por lo mismo he puesto en Vos, ¡oh Dios mio! todo mi recurso y esperanza. El Ciervo no tiene mas que sus piés para huir; pero yo, mucho más feliz que él, puedo recurrir á vuestra grande misericordia. "Porque no es del que quiere ni del que corre la salvacion, como dice San Pablo, sino que ésta depende de la misericordia divina." <sup>2</sup> Y como solo en ella pongo mi esperanza, ¡oh Dios mio! creo ciertamente "que acudirá á mi defensa, escapándome de la espada que me persigue y de las mordeduras de los perros que me amenazan." <sup>3</sup>

### IV

"Los montes elevados—dice el Salmista—son para los ciervos, y las peñas para refugio de los erizos." <sup>4</sup>

Interpretando estas palabras San Agustín <sup>5</sup> compara á las personas espirituales con los grandes ciervos que saltando por las zarzas espinosas, y aun por los tupidos bosques, van á pararse hasta la cima de los montes; así es, que los Preceptos más eminentes de la ley y los pensamientos más sublimes de las Santas Escrituras, son de fácil adquisicion para estas almas. Mas ¿qué llegarán á ser los animales más humildes, como la débil y medrosa Liebre, ó el Erizo cubierto de espinas que es el emblema del pecador? ¿Quedarán acaso condenados á perecer? "No—continúa diciéndonos el Salmista <sup>6</sup>—la cavidad de la piedra sirve al Erizo de refugio" porque el Señor ha querido ser el refugio de los pobres. "La piedra es útil á todos y en todas partes—sigue hablando San Agustín—ella sirve de abrigo al Erizo y también de base á la montaña, cuya cima es ocupada por los ciervos."

¡Oh mi Jesus! Vos sois la piedra; sed también mi refugio en medio de mis sobresaltos y de mis faltas; sostened el vuelo de mi alma para que cuando se eleve hácia Vos se parezca al Ciervo que de un salto se coloca en la cúspide de los montes.

### V

Salomon, en los Cantares, compara á la Esposa tiernamente querida de su Esposo, á la Cervatilla predilecta. "*Cerva carissima.*" <sup>7</sup> ¿Cómo no le-

1 Jerem. XLVIII, 6.  
2 Rom. IX, 16.  
3 Ps. XXI, 20-21.  
4 Ps. CIII, 18.  
5 S. Aug. serm. in Ps. CIII, 3.  
6 Ps. CIII, 8.  
7 Cant. VII, 6. (Hier. Vers.)

vantar luego nuestro pensamiento hacia la Iglesia, Esposa muy amada de Jesucristo?

De la misma manera que la Corza doméstica se alimenta de las flores y de las hojas del contorno de la casa, así también la Iglesia se sustenta con las gracias que el Salvador derrama sobre ella.

Después, como la Corza fecunda, concibe la Iglesia para aumentar el gozo de Aquel que la nutre. "Hijos míos—dice San Pablo—vosotros sois á quienes he parido de nuevo, hasta que Jesucristo sea formado en vosotros." <sup>1</sup>—"Y no nos sorprenda—agrega San Gregorio <sup>2</sup>—que los Apóstoles y los grandes Doctores se comparen á las corzas, porque ellos también son lo mismo que las madres por su ternura; como ellas, han parido "con dolor, y se han alimentado con lágrimas é inquietudes."

La Iglesia, representada por ellos, es una Madre fecunda y amorosa, y cerca á su Esposo con los testimonios más ardientes de su cariño; le consuela en sus tristezas y le proporciona las más dulces alegrías, porque es para Él su Cierva predilecta, *Cerva carissima*.

## VI

Oigamos la letra de la Esposa de los Cantares: "Hé aquí la voz de mi amado: vedle saltando por los montes, atravesando por los collados, muy semejante al Cervatillo de la Corza." <sup>3</sup>

"La voz de mi amado, semejante al Cervatillo de la Corza—nos pregunta San Bernardo <sup>4</sup>—¿no será la palabra misma del Señor de la cual "ha escrito el Salmista que corre con la mayor velocidad? *¿Velociter currit sermo ejus?*" <sup>5</sup>

Mas esta palabra se encarnó, y no sin motivo agrega el mismo San Bernardo: <sup>6</sup> "el Verbo Encarnado está figurado aquí no por el Ciervo, sino por el Cervatillo, porque el Salvador apareció en el mundo como un niño recién nacido. *Ut hinnulus apparuit qui parvulus datus est nobis.*"

El Cervatillo de la Corza atravesó las montañas y las colinas; las montañas, cuando desde las alturas de los cielos el Verbo Encarnado se dignó descender al seno de María; y las colinas, en el momento en que del seno de María quiso abatirse hasta vivir entre los pecadores.

¡Oh! ¡cuán rápida fué su carrera para ir delante de nuestras miserias! Como el tímido Cervatillo que se arroja entre crueles cazadores, no bien aparece en el mundo, cuando los malvados é ingratos tramaron el modo de perderle, y se dijeron: "Tendámosle lazos; condenémosle á muerte." <sup>7</sup> Como los cazadores cercan al Ciervo, "así se vió rodeado de rabiosos per-

<sup>1</sup> Ad Galat. IV, 19.

<sup>2</sup> Greg. Moral. XXX, 11.

<sup>3</sup> Cant. II, 8-9.

<sup>4</sup> S. Bern. in Cant. serm. LV.

<sup>5</sup> Ps. CXLVII, 15.

<sup>6</sup> S. Bern. in Cant. serm. LV.

<sup>7</sup> Sap. II, 20.

ros." <sup>1</sup> Le cerraron todas las sendas, y cuando pidió agua de la fuente para apagar su sed, le dieron vinagre. <sup>2</sup> Le traspasaron con la lanza y le mataron.

Pero el Cervatillo de la Corza que creyeron aprisionar en las redes de la muerte, rompió sus hilos remontándose glorioso á los cielos. Escuchemos el canto de la Esposa, el canto del gozo y del triunfo: "Levántate, amado mio, como el Cervatillo de la Corza por las montañas olorosas." <sup>3</sup>

## VII

El Esposo muy amado está en el cielo, y todos los días baja del cielo y habita en el Tabernáculo para decirnos desde allí: "El que tenga sed, que venga á Mi. *Qui sitit veniat ad me.*" <sup>4</sup> ¡Yo tengo sed, ¡oh Dios mio! si, tengo sed...! ¡y como el Ciervo desea las aguas de la fuente, así mi alma sedienta os desea...!

Apénas habia yo nacido, cuando ya me abrasaba con los ardores del pecado original y repetía el grito del Profeta: "Como el Ciervo desea el "agua de la fuente, así mi alma tiene sed de Vos, ¡oh Dios mio!" <sup>5</sup> No fuísteis sordo á mis ruegos, y las aguas santas del bautismo corrieron con abundancia sobre mí. Entónces, limpio é inmaculado, comencé á caminar por vuestras sendas; mas ¡ay de mí! demasiado pronto me descarrié. Corrí, pero no tras del olor de vuestros perfumes; corrí, pero con los impíos que se precipitan al mal; <sup>6</sup> corrí, y mis piés al fin se cansaron en los caminos de la iniquidad, y abrasado por una sed devoradora, clamé de nuevo á Vos: "Como el Ciervo desea el agua de la fuente, así mi alma tiene sed "de Vos, ¡oh Dios mio!" Y Vos, Señor, me respondisteis: "El que tenga sed que venga á Mi." <sup>7</sup> Y me habeis conducido al pié de vuestro Tabernáculo. Allí encontré, y aun encontraré allí, el refrigerio y la paz; allí sacaré agua de la fuente viva; allí beberé en abundancia del agua que salta hasta la eternidad. <sup>8</sup>

<sup>1</sup> Ps. XXI, 17.

<sup>2</sup> Ps. LXVIII, 22.

<sup>3</sup> Cant. II, 17.

<sup>4</sup> S. Joan. VII, 37.

<sup>5</sup> Ps. XLI, 2.

<sup>6</sup> Prov. I, 16.

<sup>7</sup> S. Joan. VII, 37.

<sup>8</sup> S. Joan. IV, 12.